

El General Belgrano y la campaña al Paraguay

GABRIEL ANÍBAL CAMILLI

Introducción

Fue el poeta y soldado de Infantería Pedro Calderón de la Barca quien expresó que “fama, honor y vida/ son caudal de pobres soldados; /que en buena o mala fortuna, la milicia/ no es más que una/ religión de hombres honrados”.¹

Nuestros militares son hijos de nuestra Patria y de nuestro pueblo. Los militares cultivan las virtudes cardinales y los valores altos y nobles: lealtad, sacrificio, humildad, generosidad, alegría, liderazgo, compañerismo, obediencia, cuidado de las tradiciones y el recuerdo a los caídos en acto de servicio que descansan en el seno de Dios. Dichos valores castrenses se perfeccionan en nuestras Academias y Escuelas: quienes entran en ellas como jóvenes del mundo y salen como soldados defensores de la Patria.

En el año 2020, bicentenario del paso a la inmortalidad del General Manuel Belgrano, creemos conveniente destacarlo como arquetipo y modelo por sus virtudes militares. Nos acercaremos a la personalidad del Belgrano militar en su primer gran desafío como comandante: su campaña al Paraguay.

Creemos que hay dos virtudes militares esenciales que constituirían el eje coordinador del espíritu militar de Manuel Belgrano, que lo animaron a aceptar este encargo: el patriotismo y la valentía. La primera sería la virtud motora; la segunda, la virtud instrumental.

¹ Versos escritos en 1650. En Comedia famosa. Para vencer a amor, querer vencerle, Jornada I.

Belgrano se fue haciendo militar al andar camino; su formación e inteligencia de base le sirvieron para saber formarse y estudiar los temas militares. Seguramente estudió a aquellos ejércitos de la doctrina europea de principios de siglo XVII:

Quienes marchaban con el estómago y dependían de la cadena de 'almacenes' (bases logísticas) en el punto de partida de la paridad y el objetivo que, en la mayoría de los casos, se encuentra a mucha distancia. La ubicación del último almacén y la cantidad de abastecimiento acumulados daban por resultado, con la exactitud propia de una ecuación matemática, el radio de alcance hasta dónde era capaz de operar ese ejército. En realidad, la ubicación de los almacenes eran jalones que marcaban la 'distancia permitida' de operación. La práctica de vivir mediante el saqueo, propio de hordas y bandas depredadoras de la guerra de los Treinta Años que devastaron Europa y que para fines de ese siglo eran una leyenda horrible, no habría servido al Ejército de Belgrano, que más que vivir de las poblaciones debía hacerlo con y para ellas" (Maffey, 2005: 134).

En referencia a sus estudios militares, también nos relata el General Maffey:

Es muy posible que haya leído y estudiado a César. 'Acuérdese del gran César', le dice en carta a San Martín, refiriéndose a ciertas características de los grandes conductores. Y, es posible también, que gran parte de su teoría y doctrina militar aplicada en el Ejército del Perú, se base en lo que pudo detectar el romano. La reserva que conducía Dorrego, ubicada muy atrás, en la cuarta fila, en desenfilada, la formación para el combate y el ataque frontal en Tucumán, recuerdan la batalla de Farsalia. (Maffey, 2005: 135)

Cuando Belgrano aceptó ser militar entendió que era algo mucho mayor que un instrumento de poder. Ortega y Gasset dijo al respecto:

Medítese un poco sobre la cantidad de fervores, de altísimas virtudes, de genialidad, de vital energía que es preciso aumentar para poner en pie un ejército.... La fuerza de las armas, ciertamente, no es fuerza de la razón, pero la razón no circunscribe la espiritualidad. Más profundas que ésta fluyen en el espíritu otras potencias y entre ellas las que actúan en la bélica operación. Así el influjo de las armas, bien analizado, manifiesta, como todo lo espiritual su carácter predominante persuasivo. (Salas López, 1983: 101)

Así, nuestro prócer hizo gala de estas altísimas virtudes al

armar un ejército de la nada para marchar al Paraguay. Mostró su gran sentido de la persuasión y el ejemplo personal ante sus oficiales y tropa, con sus paisanos y aún hasta con sus enemigos u oponentes.

Desarrollo

Apenas iniciada la Revolución de Mayo, la Primera Junta buscó poner bajo su dominio aquellos puntos de la geografía colonial que pudieran disputarle a Buenos Aires la hegemonía a través de expediciones militares. Así, una se dirigió contra el Interior y el Alto Perú (1810-1811), otra a la Banda Oriental (1811-1812) y una tercera hacia el Paraguay (1810-1811).

El mismo Belgrano nos relata este momento de su vida en sus *Memorias*:

Me hallaba de vocal de la Junta provisoria, cuando en el mes de agosto de 1810, se determinó mandar una expedición al Paraguay, en atención a que se creía que allí había un gran partido por la revolución que estaba oprimido por el gobernador Velazco y unos cuantos mandones, y como es fácil persuadirse de lo que halaga, se prestó crédito al coronel Espínola de las milicias de aquella provincia, que al tiempo de la predicha Junta se hallaba en Buenos Aires. Fue con pliegos, y regresó diciendo que con 200 hombres era suficiente para proteger el partido de la revolución; sin embargo de que fue perseguido por su paisanos y tuvo que escaparse a uña de buen caballo, aun batiéndose no sé en qué punto para librarse. La Junta puso las miras en mí, para mandarme con la expedición auxiliadora como representante y general en jefe de ella: admití porque no se creyese que repugnaba los riesgos, que solo quería disfrutar de la capital, y también porque entreveía una semilla de desunión entre los vocales mismos, que yo no podía atajar, y deseaba hallarme en un servicio activo, sin embargo de que mis conocimientos militares eran muy cortos, pues también me había persuadido que el partido de la revolución sería grande, muy en ello, de que los americanos al solo oír libertad, aspirarían a conseguirla. (Belgrano, 1942: 31)

La expedición —o campaña, según se mire— al Paraguay la lideró con el grado de Coronel pues, según su propia expresión, deseaba alejarse de las rencillas internas de la Junta y prestar un “servicio activo” desde septiembre de 1810 hasta marzo de 1811.

La misión que debía cumplir Belgrano era la siguiente:

- Hacer reconocer la autoridad de la Junta de Buenos Aires por el gobierno de la Intendencia del Paraguay.
- En caso de fracasar este objetivo, propiciar un gobierno propio con el cual pudieran existir buenas relaciones diplomáticas.

No obstante, al referirse a su campaña al Paraguay, la juzgaba de manera crítica: “esta expedición sólo pudo caber en cabezas acaloradas que no veían sino su objeto y para las que nada era difícil porque no reflexionaban ni tenían conocimientos” Belgrano, 1942:30).

Belgrano organizó sus efectivos y emprendió la marcha desde Santa Fe, al tiempo que la Junta envió a Corrientes como Teniente de Gobernador a Elías Galván, quien debía servirle de soporte logístico. Se le ordenó además cortar la navegación del Paraná, lo que provocó un bloqueo fluvial paraguayo ante el cual Galván, más débil, debió ceder reabriendo el paso.

Organización del Ejército:

Plana Mayor:

Sargento Mayor: José Machaín

- Ayudantes: Francisco Sáenz y Gabriel Meléndez.
- Comisario: Miguel Garmendia.
- Capellán: inicialmente era José Lanchano, pero Belgrano lo reemplazó el 11 de octubre por Juan José Arbolea (o Arvolella), quien llegó huyendo de Montevideo y era un revolucionario de su confianza.
- Cirujanos: Juan Frubé (o Froure) y Mariano Vico.

Formó el Ejército en tres divisiones, que podremos ver en el gráfico siguiente:

GRÁFICO I

<p align="center">“El general Manuel Belgrano y la Campaña al Paraguay”</p>		
<p>1° División, bandera roja.</p> <p>Comandante interino: Celestino Vidal.</p> <p>Ayudantes Generales: José Espínola (hijo) y Ramón Espínola.</p> <p>Compañía de Granaderos de Fernando VII.</p> <p>1°,4° Y 6° compañías de Regimiento de Caballería de la Patria.</p> <p>30 hombres de la compañía de Blandengues de Santa Fe.</p> <p>2 cañones de a 4 del tren volante en un carro capuchino y un tercio de las municiones y útiles del parque de artillería conducida en 8 carretillas.</p>	<p>2° División, bandera azul.</p> <p>Comandante interino: José Ramón Elorga</p> <p>Ayudante General: Pedro Aldecoa</p> <p>Compañía de Pardos, 2°, 5° y 8° compañías del Regimiento de Caballería de la Patria.</p> <p>30 hombres de la Compañía de Blandengues de Santa Fe.</p> <p>2 cañones de a 4 del tren volante en un carro capuchino y un tercio de las municiones y útiles de los parques conducidos en 8 carretillas.</p>	<p>3° División, bandera amarilla.</p> <p>Comandante interino: Manuel Campos.</p> <p>Ayudante general: Manuel Artigas.</p> <p>Compañía de Arribeños, 9° Compañía del Regimiento de Caballería de la Patria.</p> <p>30 hombres de la Compañía de Blandengues de Santa Fe.</p> <p>2 cañones de bronce de a 2 y un tercio de las municiones y útiles del parque conducidas en carretillas.</p>

Fuente: autoría propia

Podemos periodizar la maniobra belgraniana en tres fases: la marcha de aproximación por el territorio de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes; el franqueo del Paraná, y las acciones de combate y desplazamientos en territorio paraguayo.

A principios de septiembre de 1810, se inició el movimiento de las tropas: 200 hombres de la guarnición de Buenos Aires,

de los cuerpos de granaderos, arribeños y pardos. Además se le agregó el regimiento recién creado, el de caballería de la Patria, en base a los blandengues de Santa Fe y las milicias del Paraná, con cuatro cañones de a cuatro y respectivas municiones.

La columna se dirigió a San Nicolás de los Arroyos, en donde se hallaba el mencionado cuerpo de caballería de la Patria con 60 hombres veteranos. El resto, hasta unos 100 hombres que se habían sacado de las compañías de milicias de aquellos partidos, eran unos verdaderos reclutas vestidos de soldados, según palabras del propio Belgrano. Allí se unieron el Coronel don Antonio Olavarría y el Sargento Mayor don Ildefonso Machain.

La columna continuó la marcha hacia Santa Fe para pasar la Bajada (actual ciudad de Paraná) por donde habían marchado las tropas de Buenos Aires al mando de don Juan Ramón Balcarce. La formación contaba con la artillería, compuesta por dos piezas de a dos y de cuatro, que tenía el ya referido cuerpo de caballería de la Patria.

En esta localidad, el gobierno reforzó las tropas con 200 patricios, pues por las noticias que tuvo del Paraguay se creyó que la cosa era más seria de lo que se había pensado y puso también a disposición las milicias que tenía el gobernador de Misiones, Rocamora, en Yapeyú. Los 200 patricios estaban al mando del teniente coronel don Gregorio Perdriel.

Para la ejecución de la marcha, Belgrano enfrentó problemas de abastecimiento personal y armamento, que se revelarían comunes a toda la campaña. El obstáculo crucial serían las caballadas, publicitadas según datos espurios, pero insuficientes y de pésima calidad.

En estas circunstancias las poblaciones se mostraron favorables a las tropas de la Patria. Al respecto, dice Belgrano:

Debo hacer aquí el mayor elogio del pueblo del Paraná y toda su jurisdicción: a porfía se empeñan en servir, y aquellos buenos vecinos de la campaña abandonan todo con gusto para ser de la expedición

auxiliar al ejército de cuantos modos les era posible. No se me olvidaran jamás los apellidos: Garrigós, Ferré, Vera y Ereñú: iningún obstáculo había que no venciesen por la patria! (Belgrano, 1942: 33)

En otros casos, el apoyo de la población también dejó que desear, donde los notables, salvo raras excepciones, eludieron comprometerse a fondo aunque exaltaran aportes y contribuciones que muchas veces quedaban en los papeles. Otras, exhibidas como donaciones, en realidad fueron objeto de reclamos pecuniarios posteriores.

De esta manera, y en dura travesía, las tropas de Belgrano transitaron por distintos pueblos donde en muchos de ellos fueron recibidos con adhesión al nuevo orden. En la Bajada del Paraná; en esa localidad santafecina, se interesó por el modo de vida que tenían sus habitantes y por el sistema educativo reinante. Como se puede observar, el pensamiento del héroe no se encerraba solamente en la misión bélica que se le había encargado, quería ver con sus propios ojos el progreso de esos pueblos, la vida de sus pobladores y los trabajos que allí realizaban. De modo tal que su mente y su voluntad estaban al servicio de la Patria, a la que amaba con tanto fervor; no dejó detalle por analizar. Su preocupación por la educación de los niños se volvería para él una obsesión, un deber que los padres debían cumplir al pie de la letra. Es por eso que cuando se enteró de la poca asistencia de los menores a las escuelas santafecinas, hizo conocer su disgusto al Cabildo de Santa Fe. Les sugirió a los cabildantes que asesorasen a los padres por la irresponsabilidad en que incurrieran al no enviar a sus hijos a la escuela. Aconsejaba que no distrajesen a sus hijos del cultivo de sus tiernas inteligencias, pues la patria necesitaba ciudadanos instruidos. Evidentemente esta actitud desconcertaba: no se concebía que un comandante de 40 años apoyara a pueblos y los liberara si era preciso, o que se ocupara de las escuelas y de la educación de los niños y aún que hiciese cumplir las leyes respectivas, incluso a costa de malquistarse con los dignatarios de la Iglesia pese a su profunda devoción católica.

Uno de los gestos más conmovedores fue la donación que

hizo Gregoria Pérez de Denis, una acaudalada mujer santafecina, quien puso todos sus bienes a disposición de Belgrano con el propósito de brindar un sólido auxilio económico a los hombres que iban a combatir al Paraguay. Era una época de sacrificios, de desprendimiento; no había lugar para el egoísmo ni para la especulación de los inmorales. Muy por el contrario, el deber con la Patria era lo primero que debía prevalecer en toda persona de bien, como se refleja en la digna conducta de aquella honorable mujer.

En el corazón de la futura provincia de Corrientes deslindó un asentamiento indio de un poblado criollo de tiempos del Virrey Avilés, que separaba Mandisoví de Curuzú Cuatiá. Se alzó el 11 de noviembre de 1810 como el primer pueblo patrio.

Desde el punto de vista militar es destacable “el uso del velo y el engaño”. Hubo un interrogante fundamental: ¿por dónde cruzaría el Paraná?

La columna patriota avanzó velando el sitio donde franquearía el Paraná, por el centro de un espacio geográfico de clima entonces árido, que luego lo puso a prueba con lluvias torrenciales –soportadas estoicamente– mientras cumplía a rajatabla la orden de mantener informada en todo momento a la Junta. En cada alto suyo, quedó un verdadero torrente epistolar como testimonio de que a cada uno le escribía lo que consideraba conveniente, según se tratara de oficios oficiales a Galván y la Junta o correspondencia de tono particular.

El 20 de noviembre de 1810, las fuerzas de Belgrano cruzaron el río Corrientes para alcanzar Caaguazú. La marcha se hizo lenta, porque se trataba de atravesar una zona húmeda, plagada de insectos y alimañas. El estado de los hombres era cada vez más alarmante, pues la falta de víveres y el agua convirtieron la travesía en un verdadero infierno. En relación a este drama, Leopoldo Orstein señala que en solo dos meses Belgrano formó y llevó una fuerza militar a través de la región mesopotámica por una zona carente de caminos, plagada de obstáculos naturales, bajo

intensas lluvias y temperaturas sofocantes, sin hallar recursos, falta de elementos para cruzar los ríos y arroyos, desconociendo un terreno y sin poder contar con baqueanos competentes. El estado de las tropas, por el gran esfuerzo realizado, era lamentable.

Esos hombres no se encontraban en condiciones de combatir. Belgrano no ignoraba el cansancio y el agotamiento que padecía el ejército desde la Bajada del Paraná hasta San Jerónimo. Fue por eso que el prócer decidió diferir el enfrentamiento contra las fuerzas de Velazco por un tiempo, hasta que sus hombres estuvieran preparados para luchar contra el enemigo.

La hora de la verdad se aproximaba; el combate entre ambas fuerzas era inevitable. Muy pronto, parte del destino de la Revolución de Mayo se iba a decidir en territorio guaraní.

Luego de pasar por Yaguareté Corá, el 25 de noviembre, bordearon la ribera. Desechando cruzar por Apipé, arribó con parte de su ejército a Candelaria el 15 de diciembre. El 17 de diciembre estaban reunidos sus efectivos y, tras intimar a las diversas autoridades paraguayas, inició el franqueo en la noche del 18 de diciembre con las balsas para sesenta hombres que había construido y probado a vista y paciencia del adversario. Había logrado eludir a las cañoneras enemigas que señoreaban el río, engañadas por los efectivos correntinos acantonados en Paso del Rey (hoy Paso de la Patria).

Toda esta maniobra da cuenta de su gran creatividad e inteligencia frente a carencias inhabilitantes para cualquier otro conductor militar; su celeridad en la toma de decisiones y riesgos, como la firmeza de carácter necesaria para un jefe convencido de su misión de marchar hacia la batalla, ordenando, de ser necesario, prisiones e incluso fusilamientos.

GRÁFICO 2



Recorrido y teatro de operaciones - Fuente www.misionesonline.net

Entre las virtudes militares que demostró Belgrano en esta fase de la operación decimos que un verdadero líder tendrá más pálpito que cálculo, si la causa es justa y el deber militar se lo imponen, él mantendrá firme el objetivo. Por ello, en la heroica y arriesgada expedición auxiliadora por la libertad del Paraguay, él mismo nos dice en sus *Memorias*:

Llegamos al Río Corrientes, al paso ya referido y sólo encontramos dos muy malas canoas que nos habían de servir de balsa para pasar la tropa, artillería y municiones: felizmente, la mayor parte de la gente sabía nadar y hacer uso de lo que llamamos «pelota» y aun así tuvimos dos ahogados y algunas municiones perdidas por la falta de una balsa. Tardamos tres días en este paso, no obstante la mayor actividad y diligencia y el gran trabajo de los nadadores que pasaron la mayor parte

de las carretas dando vuelcos. El río tendría una cuadra de ancho y lo más de él a nado. (Belgrano, 1942: 37)

Las armas de la revolución en ese momento. Algunas notas sobre el Armamento utilizado en la Campaña al Paraguay

Desgraciadamente, no es muy abundante la documentación que permite establecer con claridad el estado y la cantidad del armamento de que disponían las fuerzas destacadas en esta parte de las colonias de la Corona de España. Las necesidades del Virreinato en esta materia, como en todas las que no se llenaban por medio del contrabando, eran satisfechas directamente por España, desde donde se enviaban las armas, municiones y pólvora, aunque su provisión era siempre deficiente, como ocurría con el personal de los cuerpos.

Estos estaban constituidos por tropas de infantería armadas con fusiles, de las características descritas precedentemente, y bayonetas. Los dragones, especie de infantería montada, combatían a pie con carabina y bayoneta, y a caballo con pistola y espada. Los blandengues, según el coronel Beverina (Beverina, 2015, 38), estaban armados una parte con sable y carabina y el resto con dos pistolas y sable, como lo permitía la existencia de estas armas en la Real Armería. Agrega este autor que la lanza y el trabuco naranjero constituían la dotación ocasional de algunas milicias montadas que prestaban servicios de patrulla y rondas en las líneas de fortines de la frontera con el indio.

Hasta 1806, no se conocían en nuestras provincias otros cuerpos de caballería que los lanceros, apellidados «escuadrones de Blandengues», constituidos con gauchos del litoral que formaban la masa característica del cuerpo. Este rudimento del arma solo servía como policía suburbana y de campaña y la guardia de fronteras; eran escuadrones de policía fronteriza y costanera, que no poseían ni la constitución ni el temple de los cuerpos veteranos.

El Rio de la Plata estaba alejado del resto del mundo, nadie lo codicio durante siglos y gozaba de casi ininterrumpida paz.

A veces se recibían partidas de pólvora de Chile o Perú y también se fundían balas en Buenos Aires, pero con plomo enviado a ese efecto desde la metrópoli y que solía utilizarse como lastre en los buques hasta su llegada. Recién a principios del siglo XIX se intentó la fabricación de sables y espadas en nuestra ciudad, que luego fue continuada por los primeros gobiernos independientes.

En los primeros años de ese siglo, dos episodios pusieron de manifiesto la insuficiencia de las tropas y de las armas existentes en el virreinato del Rio de la Plata: la guerra con los portugueses de 1801 y las invasiones inglesas de 1806-07.

Las fuerzas militares del virreinato, a la fecha de estas últimas, se componían como sigue: infantería: un regimiento con tres batallones de siete compañías, creado en 1772; caballería: un regimiento de dragones; artillería: dos compañías de 145 plazas. Los efectivos de estas unidades se hallaban habitualmente incompletos. Existían además las milicias provinciales divididas en compañías de 150 plazas con asiento en Montevideo, Maldonado, Colonia del Sacramento, Mendoza, Potosí, Paraguay y Ensenada de Barragán; y dos cuerpos de Blandengues. Como consecuencia de las invasiones se crearon, como es sabido, numerosos cuerpos denominados casi siempre según las provincias de donde eran oriundos los soldados. Con el elemento nativo se formaron los batallones bautizados de patricios y arribeños, de infantería, y de caballería, dos escuadrones de húsares, uno de infernales y uno de cazadores.

A raíz del conflicto con los portugueses, se adoptaron medidas para reforzar el armamento y el 31 de agosto de 1804 llegó al puerto de Montevideo el paquebote Casilda que trajo 200 cajones de fusiles y pistolas y 10 de Piedras de chispa. Poco después, el 16 de noviembre del mismo año, la fragata Nuestra Señora de las Mercedes llegó con 94 cajas de fusiles y 80 de sables.

Por su parte, el virrey Sobremonte, después de la Junta de Guerra celebrada en 1805 con motivo de los sucesos de Europa y el resultado de la batalla de Trafalgar, adoptó diversas medidas de precaución. Ordenó primero la fabricación de 20.000 cartuchos de bala para carabina calibre de a 19 e igual número para pistola, y días más tarde, la de 60.000 cartuchos para fusil calibre 16 y 10.000 de pistola de igual calibre.

El feliz resultado de la empresa de Liniers con tropas y armas obtenidas en Montevideo –la reconquista de Buenos Aires y la rendición de Beresford y sus fuerzas– permitió obtener, según el parte del mismo Liniers, 1.600 fusiles «Tower» , numerosas piezas de artillería, además, sin duda, de otras armas menores: pistolas o espadas no mencionadas expresamente en el parte.

Estas armas fueron empleadas con ventaja contra los propios ingleses al año siguiente y constituyeron una proporción importante del armamento de los primeros ejércitos patriotas. Los fusiles Tower se difundieron tanto que el capitán Hall, un marino inglés, expresó que en 1821, al entrar en Talcahuano y cruzar el puente levadizo, “el centinela que lo guardaba era un muchacho sucio, rudo, a medio vestir, que apenas podía con el peso de un mosquete en cuya llave leí la palabra Tower” (Hall, 1920: 139).

El historiador Torre Revello, citado por Beverina (Beverina, 2015, 41), afirma que a raíz de la capitulación de Buenos Aires fueron entregados por los ingleses 2064 fusiles e igual número de bayonetas, 618 carabinas, 4672 pistolas, 1208 espadas, 400.000 balas para fusil y 131.840 cartuchos con bala para fusil, carabina y pistola, además de 106 cañones y munición de artillería. Al ser reconquistada la ciudad, el recuento realizado por Francisco de Agustini el 18 de agosto de 1806 arrojó como existencia de la armería 2061 fusiles españoles, 616 carabinas, 4072 pistolas, 1208 espadas, sin contar los 1600 fusiles ingleses rendidos, 135 cañones y varios morteros, de los cuales dos obuses y cinco cañones eran ingleses. Sin duda, este armamento constituyó la mayor parte del

existente en Buenos Aires al producirse las invasiones y da una idea bastante exacta de la existencia de armas de la capital del virreinato en esa fecha.

Al organizarse, pues, los ejércitos patriotas cuyo envío dispuso la Primera Junta para propagar la revolución en el interior y buscar el apoyo de las provincias, el armamento de los mismos consistió en los fusiles y otras armas venidas de España, más el contingente de fusiles capturado en 1806. Recién unos años después, en 1812, comenzaron a llegar las armas adquiridas en el extranjero.

Buena parte de ese material debía estar en mal estado y la tropa que lo utilizaba era en su casi totalidad bisoña. Así, al organizarse la expedición al Paraguay, cuyo mando se confió a Belgrano, al hacerse cargo del primer núcleo de sus fuerzas en San Nicolás, este se encontró con 357 hombres. Entre ellos, 60 eran veteranos del Regimiento de blandengues de la Frontera, que fue rebautizado con el nombre de Regimiento de Caballería de la Patria, y el resto eran milicianos. En el oficio que dirigió el general a la Junta dijo: “Los soldados todos son bisoños y los más huyen la cara para hacer fuego» lo que era explicable en personas no acostumbradas, debido al fagonazo del cebo que «las carabinas son malísimas y a los tres tiros quedan inútiles” (Belgrano, 1942: 35).

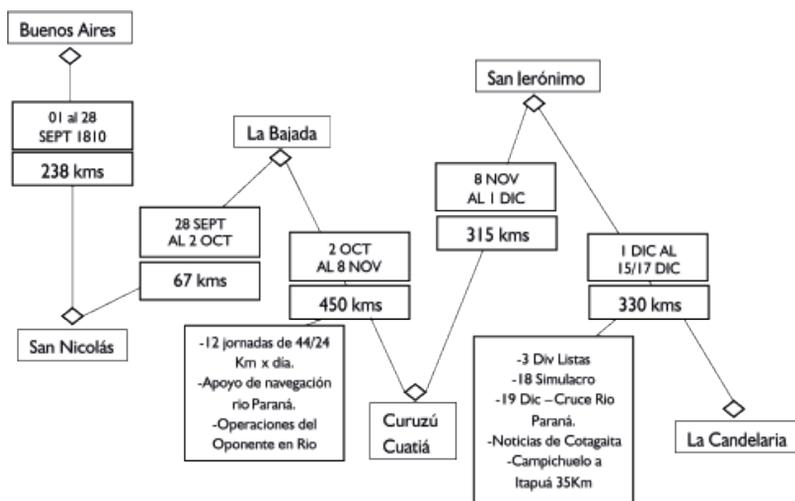
Estos ejércitos debieron, pues, suplir con arrojo las deficiencias de su organización y armamento, no obstante lo cual el del Alto Perú obtuvo la victoria de Suipacha, primera de las armas independientes, y el del Paraguay se lució en la honrosa acción de Tacuarí, donde el heroísmo y la habilidad del general Belgrano salvaron de una destrucción segura a los restos del ejército expedicionario.

Por lo demás, las penurias sufridas por estos primeros ejércitos fueron a veces terribles. En lo que a nuestro aspecto del problema se refiere, baste recordar que cuando Belgrano se hizo cargo del ejército del Norte después del desastre del Desaguadero, apenas contaba con 1500 hombres en pésimo estado de nutrición y la

mayoría enfermos, y que su armamento era de 580 fusiles útiles, 215 bayonetas para infantería, 21 carabinas y 34 pistolas para la caballería (Mitre, 1980).

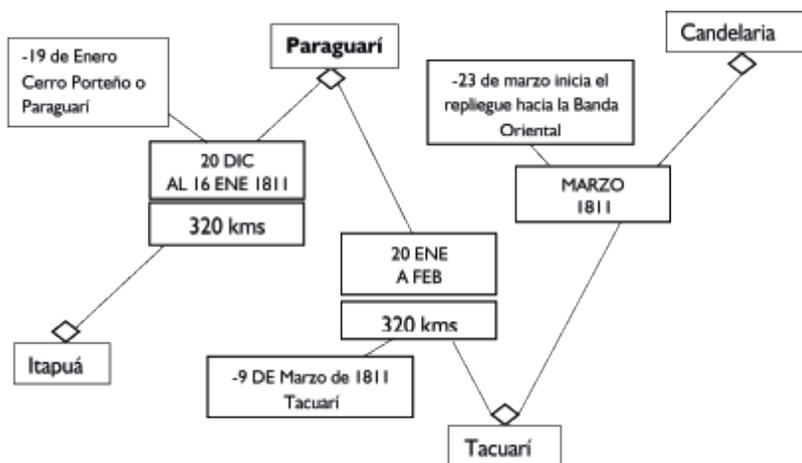
La escasez de armas de fuego para armar a estas fuerzas, también fue puesta de manifiesto por el bando de la Primera Junta de fecha 11 de agosto de 1810, que ordenó la expropiación de todas las armas de chispa en poder de particulares, carabinas, escopetas o pistolas de cualquier clase (Registro nacional de la República Argentina. Tomo I, 1879: 63), mientras que los bandos del 28 de mayo y del 14 de junio del mismo año habían ordenado la entrega al gobierno de toda arma perteneciente al rey que se hallase en poder de cualquier persona. En 1812 todavía se insistía con medidas de esta índole y el bando del 16 de enero de ese año concedió un plazo de 3 días para manifestar al gobierno en la Comandancia de Armas que toda arma de chispa o blanca del Estado o de propiedad privada significaba para su dueño una pena de 100 azotes y 500 pesos de multa. El 18 de julio se publicaron por bando dos severos decretos. Uno que prohibía bajo graves penas —de muerte para los españoles europeos— que ningún individuo podía comprar armas ni prendas de uniforme a los soldados; el segundo ordenaba a los españoles europeos la entrega de toda arma de chispa o blanca larga dentro de dos días, bajo pena de horca dentro de las 24 horas.

GRÁFICO 3a



Cuadro explicativo de tiempo y espacio (en territorio actual de la argentina)
Fuente: autoría propia

GRÁFICO 3b



Cuadro explicativo de tiempo y espacio (en territorio actual del Paraguay):
Fuente: autoría propia

Operaciones militares: franqueo y combates

El general Belgrano estableció su puesto comando en La Candelaria. El Ejército Patriota se encontró con dificultades para cruzar el río Paraná por la falta de canoas, ya que los paraguayos, para obstaculizar o impedir el cruce de las fuerzas de Buenos Aires, habían destrozado o retirado todas las embarcaciones del río.

Belgrano, según palabras de Mitre: “[...] tuvo que construir una escuadra compuesta de un gran número de botes de cuero, algunas canoas y grandes balsas de madera, capaces de transportar sesenta hombres y una mayor que todas, para soportar el peso de un cañón de a cuatro haciendo fuego, pues se esperaba realizar el desembarco a viva fuerza” (Muñoz, 1995:48).

La empresa era difícil. El Paraná tenía frente a La Candelaria más de 900 metros de ancho y una fuerte correntada, que desviaría la ruta de la escuadrilla en más o menos una legua y media aguas abajo. El lugar elegido para desembarcar era un claro del monte llamado El Campichuelo.

El paso del Paraná se inició el 18 de diciembre de 1810, luego de haber arengado a sus tropas con una reducida fuerza de doce hombres que sorprendió, a las once de la noche, a un destacamento enemigo y le tomó dos prisioneros y las armas.

Tras una acción menor sobre una guardia en el combate de Campichuelo, Belgrano entró en Itapúa (actual Encarnación). Sobre el terreno, con la resistencia pasiva que le opuso la población, comenzó a comprender que su percepción anterior de la existencia de un fermento revolucionario en Paraguay era errónea, pero siguió avanzando hacia Asunción. Falto de elementos y obligado a improvisarlo todo, el general argentino explotó hábilmente los efectos de la sorpresa, sacando todo el partido posible del error en que incurrió inicialmente su adversario al diseminar sus fuerzas desde las bocas del Paraguay hasta la Candelaria. La dirección central elegida para avanzar a

través de la región mesopotámica permitió a Belgrano ocultar sus movimientos hasta el último momento, que impidió así a su adversario reunir a tiempo las fuerzas frente al punto en que se efectuaría el pasaje del Paraná y facilitó la ruptura del cordón defensivo paraguayo en uno de sus puntos débiles.

Si a esto se añaden las precauciones adoptadas para mantener al enemigo en la incertidumbre, los reconocimientos efectuados, las medidas para el franqueo del río y la ejecución del mismo, dado el ancho del obstáculo y la ausencia de materiales adecuados, se llega a la conclusión de que la operación llevada a cabo por el general Belgrano es una de las más notables que registra la historia militar argentina. (Ornstein, 1941).

La férrea y verdadera humildad del líder hace obrar con certeza a su tropa, forjada en el sacrificio y la austeridad del trabajo diario silencioso y constante, así lo demuestra este párrafo por él escrito, que describe con humildad y respeto la victoria en Campichuelo: “por lo que hace a la acción, toda la gloria corresponde a los oficiales ya nombrados y siento no tener los nombres de los siete soldados para apuntarlos, pero en medio de esto son dignos de elogio por sólo el atrevido paso del Paraná en el modo que lo hicieron, así oficiales como soldados, y espero que algún día llegará en que se cuente esta acción heroica de un modo digno de eternizarla, y que se mire como cosa de poco más, o menos, porque mis enemigos empezaban a pulular y miraban con odio a los beneméritos que me acompañaban y los débiles gobernantes que los necesitaban para sus intrigas trataban de adularlos”².

El ejército siguió su curso, la travesía se convirtió en un tormento. Solo obtenían alimentación de carne vacuna sacrificando las reses, que eran los bueyes que empleaban para el arrastre de las carretas. Todo era hostil, inhóspito, amén de aguaceros interminables que caían sobre las tiendas de campaña que usaban para refugio de la tropa o poner a salvo enseres, municiones y demás elementos de combate. Por lo tanto, la situación por la que atravesaban las tropas patriotas era alarmante. Para colmo, el objetivo de esa larga travesía era llegar a un destino para enfrentar

2 Belgrano, 1942:41.

las fuerzas de Velazco que, sin duda, estaban mejor preparadas para mantener una lucha con claras posibilidades de triunfo. Al prócer le carcomía la duda e intentaría, entonces, llegar a un acuerdo con Velazco.

Entonces, el 6 de diciembre Belgrano decidió redactar un oficio dirigido al jefe de las fuerzas paraguayas en donde le señaló en términos amistosos, pero a la vez con una clara advertencia: la persuasión y la fuerza.

El encargado de llevar a cabo el oficio al campo de Velazco fue Ignacio Warnes, un destacado oficial, a la sazón secretario de Belgrano. Pero para su sorpresa el enviado del prócer fue arrestado y se ordenó que lo engrillaran para ser conducido a la capital. El General Belgrano recordó con pesar la humillación, se horrorizó al contemplar la conducta engañosa que observó en Warnes, las tropelías que se cometieron con él. Todo esto mostró a Belgrano que no existía un partido favorable a la Revolución.

Las cartas estaban echadas. Belgrano recibió la nota de rechazo al armisticio ofrecido. Por lo tanto, la posibilidad de un acuerdo pacífico se diluyó. La lucha era inminente, la hora de la verdad se acercaba. El primer encuentro se produjo con un combate en las cercanías del Campichuelo, terreno que estaba defendido por tres piezas de artillería pertenecientes al ejército del oponente. En ese lugar, una fuerza de unos doce hombres sorprendió a una partida de paraguayos a la que le tomaron armas, sesenta canoas y se hicieron algunos prisioneros. Cabe señalar la destacada actuación que tuvo en este pequeño combate Manuel Artigas, primo hermano del Protector de los Pueblos Libres; avanzó denodadamente sobre los cañones enemigos, poniendo en fuga a 54 hombres que los sostenían, los ametralló por la espalda con su propia artillería y se apoderó de una bandera sin perder un solo hombre. Con este sorpresivo ataque, las tropas patriotas tomaron posición del campo enemigo, lo que sirvió de incentivo a Belgrano para trazar un plan de lucha que lo condujera a la victoria definitiva. Su optimismo por esa victoria contra un pequeño grupo de fuerzas le jugó en contra, porque su exceso de confianza lo

llevó a cometer una serie de desaciertos que favorecieron a los paraguayos.

Belgrano no contaba con tropas rápidas. Sin embargo, se empeñó en perseguir a un enemigo que no le presentaba batalla, situación que fue desgastando de a poco a sus soldados. La moral iba decayendo. El gobernador Velazco le plantearía una defensa en profundidad, ejecutando la técnica de “tierra arrasada”, cambiando espacio por tiempo y obligando a las fuerzas patriotas a alargar su línea de comunicaciones.

El Ejército Patriota se internó en busca del adversario, que se preparaba en Paraguarí, territorio que había pertenecido a los jesuitas, a unas dieciocho leguas de Asunción.

Por cada pueblo por donde pasaba, notaba que el rechazo y el desprecio hacia sus tropas eran cada vez mayor, y ese rechazo se manifestaba a través del éxodo de sus habitantes junto con todas sus pertenencias, con el fin de que las fuerzas patriotas no contaran con el recurso alguno. Años después, Belgrano aplicó este procedimiento en la epopeya conocida como Éxodo Jujeño.

Pero a pesar de todas las penurias, Belgrano no iba a dar marcha atrás porque su propósito era llegar hasta las últimas consecuencias aun cuando la victoria le fuera esquiva.

Paraguarí

El 15 de enero de 1811, finalmente estaba a la vista del oponente, fortificado en la villa de Paraguarí. La batalla se dio en la madrugada del 19 de enero y luego de una intensa pugna, rechazado por los efectivos paraguayos, Belgrano se retiró ordenadamente hacia el río Tacuarí, seguido a la distancia.

La decisión de presentar batalla le iba a costar cara, pues algunos errores tácticos de inferioridad numérica y la necesidad de no retirarse obligaron a Belgrano a ofrecer batalla confiando

en la superioridad moral de sus tropas, convencida de la causa por la cual emprendían estos sacrificios.

En los primeros momentos del ataque de los patriotas, el desconcierto que sufrieron los paraguayos les hicieron creer en el triunfo, pero la reacción llegó rápidamente y cuatro horas después las tropas porteñas fueron vencidas. Entre muertos, heridos y prisioneros perdieron más de la quinta parte de los efectivos.

Ello se debió a la superioridad de las fuerzas paraguayas, demasiada para un ejército que solo contaba con setecientos hombres aproximadamente; el triunfo paraguayo estaba descontado. Esta derrota obligó a Belgrano a retirarse hasta el Río Tacuarí, donde tuvo que acampar hasta la llegada de refuerzos que iban a ser mandados por la Junta, detenidos de Buenos Aires. Permaneció en ese lugar aproximadamente un mes. En marzo de 1811, un ataque sorpresa de los paraguayos puso al adversario en alerta para defender la plaza. Esa aguerrida defensa fue una heroicidad admirable, pero el ímpetu de los combatientes no fue suficiente para frenar las embestidas de los rebeldes. El combate fue sangriento; el ejército guaraní al mando del general Manuel Cabañas estaba formado por 2000 hombres, en tanto que las fuerzas patriotas solo contaba con 400, que resistieron como leones heridos los ataques de la artillería y la infantería adversarias. A pesar de la heroica lucha, las tropas comandantes por el alcalde José Machain tuvieron que ceder ante la superioridad de los guaraníes. En esa sangrienta contienda solo sobrevivieron a los ataques de Cabañas dos oficiales y unos pocos soldados; prácticamente se había perdido la mitad del ejército, lo que fue aprovechado por los altos mandos rebeldes para mandar un parlamentario con el fin de intimar a Belgrano a que se rindiera. El emisario le dijo que en caso de que no aceptar esos términos sería pasado a cuchillo junto con toda la tropa.

Tacuarí

A fines de enero, Belgrano fue intimado a rendirse por Tomás Yegros, cabeza de la vanguardia paraguaya, que comprendió que no pensaba continuar su retirada. También recibió sus despachos de Brigadier (general).

En febrero, ambos adversarios se mantuvieron sobre las armas aprestándose para la batalla. Belgrano, afectado por las deserciones, escribió que solo podía confiar en los soldados de Buenos Aires. Velazco buscó obligarlo a recruzar el Paraná asegurando nuevamente las comunicaciones con Montevideo. Belgrano envió efectivos para mantener asegurado un paso sobre el río.

El prócer estaba decidido a jugarse la última carta, por ello puso a sus soldados en movimiento con el fin de dar batalla nuevamente. No cabe duda que el miedo y la tibieza no ocupaban un lugar en el espíritu de lucha del General Belgrano, lo que entusiasmaba a sus subordinados.

El ejército paraguayo no esperaba una reacción de esa naturaleza: solo creía que la rendición de las tropas de Belgrano era inminente. Sin embargo, los hombres de Velazco tuvieron que prepararse otra vez para una batalla cuya victoria daban por descontada.

El jefe del ejército patriota fue el responsable de iniciar una de las epopeyas más grandes de nuestra historia pues, con solo 235 hombres, Belgrano enfrentó a una poderosa fuerza de más de 2000 soldados. Tacuarí fue un ejemplo de coraje, entrega y abnegación fuera de lo común donde Belgrano puso en juego toda su capacidad y audacia para alcanzar una victoria épica, al ritmo de un tambor tocado por un niño de 12 años, Pedro Ríos. La infantería nacional avanzó sin temor contra las fuerzas enemigas. Fue una jornada de gloria, donde según Mario Belgrano³ la

3 En *Historia de Belgrano (1944)*.

caballería formada en dos pelotones de 50 hombres iba sobre los flancos, mientras que los artilleros arrastraban las piezas. La maniobra desplegada por Belgrano alcanzó un éxito inesperado; además, el arrojo y el empuje de sus fuerzas fueron el sólido sostén para que ese éxito se hiciera realidad.

Fueron siete horas de combate encarnizado, en las que las tropas de un ejército y otro no dieron ni pidieron tregua. La resistencia de los patriotas al peso de la inferioridad numérica fue antológica. Los paraguayos no sabían cómo quebrar el cerrojo. Las horas pasaban y la lucha continuaba. En aquella desesperada jornada de lucha tan desigual quedó claramente demostrado que las tropas patriotas tenían vocación de héroes.

De golpe, la fortuna le sonrió al jefe porteño. Viendo que la continuidad del combate era perjudicial para sus aspiraciones, Belgrano envió un emisario a Cabañas con el fin de ofrecerle un armisticio, que fue aceptado por el jefe paraguayo. Ambos ejércitos quedaron maltrechos, lo que permitió a las fuerzas patriotas retirarse con honor y dignidad.

El 12 de marzo, Belgrano ya ofició desde Itapúa y el 13 desde Candelaria. Había cruzado el río. Hasta mediados de aquel mes, sostuvo un enjundioso intercambio epistolar con Cabañas, interpretado *a posteriori* como influencia significativa en el movimiento emancipador paraguayo iniciado en mayo de aquel 1811. En ese cruce de correspondencia, se percibe cómo ambos contendientes fueron dulcificando un trato de dientes para afuera hacia expresiones progresivamente amistosas.

El 21 de marzo de 1811, Belgrano recibió sus nuevas órdenes. El día 23, las primeras fracciones del ejército rompieron la marcha hacia la Banda Oriental. La campaña al Paraguay había concluido.

Él, después, quizás jalonó la interna de aquel momento de la gesta revolucionaria: fue procesado. Pero salió indemne merced al testimonio favorable y unánime de quienes fueron sus subordinados.

Reflexiones finales

Belgrano le manifestó al comandante de las fuerzas paraguayas que las armas habían ido como auxiliares y no a conquistar el Paraguay pero que, puesto que rechazaban con fortaleza a sus libertadores, había resuelto evacuar la provincia repasando el Paraná con su ejército, para lo que proponía una cesación de hostilidades que contuviese para siempre la efusión de sangre entre hermanos. Cabañas aceptó en forma inmediata la propuesta con la condición de que el ejército patriota abandonase la Provincia del Paraguay lo antes posible, a lo que Belgrano no puso reparo. El prócer deseaba que el conflicto se encaminara hacia un sendero de paz y reconciliación.

Es destacable reconocer que, a pesar de las difíciles circunstancias por las que atravesaba Belgrano, supo dominar la situación para convertir lo que pintaba como una derrota humillante en una salida decorosa y honorable. Además, sembró una semilla entre la oficialidad paraguaya que prontamente iba a dar sus frutos.

Belgrano actuó con miras al cumplimiento de la misión impuesta por la Junta de Gobierno de Buenos Aires:

- Hacer reconocer la autoridad de la Junta por el gobierno de la Intendencia del Paraguay; y en caso de fracasar este objetivo,
- Propiciar un gobierno propio con el cual pudieran existir buenas relaciones diplomáticas.

Es evidente que Belgrano pudo cumplir con el objetivo ulterior encomendado, ya que el armisticio ofrecido a Cabañas iba a traer considerables beneficios para el militar porteño y sus objetivos.

Las ideas de la Revolución Mayo fueron vistas con agrado por la oficialidad paraguaya. El documento que ponía fin a las hostilidades fue redactado por el mismo jefe patriota; en él se vuelcan las ideas de la Revolución con el fin de que los hombres que con-

formaban el ejército paraguayo tomaran conocimiento de ellas. Además, las proposiciones tenían en cuenta beneficios para el comercio del Paraguay, lo que cayó muy bien en el campamento de Cabañas.

Lo que intentaba Belgrano con estas propuestas era un acercamiento con el adversario. Para ello, puso en evidencia gran habilidad para manejar una situación que se presentaba muy complicada, pero que con su inteligencia y viveza supo resolver. Una vez que Cabañas conoció y aceptó la propuesta, Belgrano obtuvo el honor de que sus 300 hombres desfilaran con cuatro cañones y alrededor de cuarenta carretas.

Como señalan diferentes autores, el General Belgrano marchó a caballo al frente de la columna y a la salida del bosque se veía el ejército paraguayo, formado en línea con 2500 hombres.

El jefe paraguayo, rodeado de su estado mayor, salió a gran galope a recibir a Belgrano y, en medio de la línea, echaron ambos pie a tierra. Se avistaron y marcharon el uno hacia el otro, se abrazaron fraternalmente en presencia de ambos ejércitos y permanecieron así por largo espacio en señal de reconciliación y perpetua amistad. Para sellar aún más la amistad entre ambos jefes militares y, que la dignidad del ejército patriota permaneciera sin mancha, Belgrano –en homenaje a los paraguayos que habían muerto en combate– entregó a Cabañas sesenta onzas de oro con el fin de ser compartidas entre las viudas y huérfanos de los caídos en el campo de batalla. Pero eso no fue todo, porque luego de esa entrega, sacó de su bolsillo un reloj comprado en España para obsequiárselo al militar paraguayo. Con estos gestos de caballerosidad y generosidad, Belgrano se ganó la simpatía y la adhesión no solo del General Manuel Cabañas, sino también de todos los oficiales y soldados.

Debemos remarcar enfáticamente el vínculo que nacía entre esos dos guerreros que tenían por prioridad la paz, antes que la muerte y la desolación. De modo tal que lo que no logró el prócer en el campo de batalla, lo obtuvo a través de la persuasión, de la

utilización de un discurso que invadió las mentes y los espíritus de los paraguayos que quedaron convencidos de las ideas de libertad.

Es muy importante destacar el coraje y el honor de un escaso grupo de hombres que tuvieron que enfrentar el hambre, la sed y el frío durante todo el trayecto, se agigantaron ante una adversidad incontrolable. Un pequeño ejército luchó con enorme gallardía contra las superiores tropas guaraníes, lo que no supuso dominar a las diezmadas fuerzas de Belgrano.

El valor y la perseverancia tuvieron un papel relevante ante el adversario. Aun cuando la derrota se avizoraba, Belgrano no se dio por vencido y, a través de una estrategia temeraria, siguió peleando con lo poco que le quedaba contra un contingente de 2500 hombres.

Por eso es que, a nuestro juicio, no corresponde tildar como fracaso la campaña paraguaya. Es cierto que no se logró el objetivo trazado por la Junta, pero se logró el respeto, la admiración y la estimación de todos los pueblos por los que atravesó Belgrano con sus tropas registradas. De modo que, luego de haber combatido con bravura en los campos paraguayos, dejó bien alto el prestigio de aquellos que se batieron con un fervor y una tenacidad ejemplares.

En su esquema de ideas y su escala de valores, la Nación estaba por encima de cualquier otro interés individual o sectorial. A ella cabe, como deber, brindarle los mejores esfuerzos y aún consagrarle la vida. La Nación misma se convierte así en la Ley Suprema ante la cual cede cualquier argumentación en contrario.

En esta campaña, Manuel Belgrano mostró arrojo, esa virtud que hace obrar al hombre en los momentos del combate por el valor. Belgrano dio prueba de ello en reiteradas oportunidades durante la dura Campaña al Paraguay de 1810-1811. En el combate de Tacuarí, ante la situación que se mostraba desfavorable porque el enemigo tenía amplia superioridad numérica, el líder se puso al frente de sus hombres y desenvainó su espada para encabezar

la carga. Belgrano le comentó a uno de sus hombres: “Aún confío que se nos ha de abrir un camino que nos saque con honor de este apuro; y de no, al fin lo mismo es morir de 40 años que de 60”.

La Campaña del Paraguay prueba además algo sustancial para la vida de un soldado: un hombre de armas debe ser un hombre completo, su coraje y su capacidad de resistir adversidades en el curso de una operación no lo es todo. Como otros grandes conductores, Belgrano exhibió en esta precisa ocasión virtudes humanas y políticas que le permitieron transformar lo que podría haber sido una operación fallida en un éxito hasta geopolítico. Ser íntegro es más que ser valiente y astuto en el terreno.

Con razón se dice que nadie da lo que no tiene. Si el General Manuel Belgrano, pese a las condiciones desfavorables que enfrentó, supo ganarse entre aquellos adversarios guaraníes la admiración y el respeto, incluso profesional, no fue por simulación ni por virtudes fingidas. Lo mismo ocurrió en su Patria, en la que los argentinos le reconocemos el alto sitial de los próceres, adornados no solo por la fortaleza y el coraje, sino también por hombría de bien, la prudencia y la sabiduría.

En la Campaña del Paraguay podemos mirarnos y aprender de ella el coraje y la abnegación ante las empresas difíciles y hasta desesperadas. Pero también podemos aprender de ella otra lección: a qué conductores y líderes vale la pena seguir.

Bibliografía

- Belgrano, M. (1942). *Autobiografía y Memorias sobre la expedición al Paraguay y batalla de Tucumán*. Buenos Aires: Emecé editores.
- Belgrano, M. (1944). *Historia de Belgrano*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Beverina, J. (2015). *Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata 1086-1807*, Tomo I. Buenos Aires: Letras Comunicaciones.
- Hall, B. (1920). *El General San Martín en el Perú*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Maffey, J. (2005). *Crónicas de las grandes batallas del Ejército Argentino*. Buenos Aires: Círculo Militar. Bs As.
- Mitre, B. (1978). *Historia de Belgrano*, tomos I y II. Buenos Aires: La Nación.
- Muñoz, R. G. (1995). "Campaña al Paraguay (1810-1811)". En Varios Autores. *Manuel Belgrano. Los ideales de la Patria*. Buenos Aires: Manrique Zago Ediciones.
- Ornstein, L. R. (1941). «La expedición libertadora al Paraguay». El Ateneo, Buenos Aires (Argentina); *Historia de la nación argentina* 5 (2 Cap. V): 189
- Registro oficial de la República Argentina que comprende los documentos espedidos desde 1810 hasta 1873*, tomo I (1879). Buenos Aires: La República. Recuperado de: <http://cdi.mecon.gob.ar/greenstone/collect/registr1/index/assoc/HASH8387.dir/doc.pdf>
- Salas López, F. (1983). *La utopía de la guerra y la paz y el terror de la guerra*. Servicio de Publicaciones del EME, Colección ADALID.
- Semanario de Agricultura, Industrias y Comercio, tomo III.

El Semanario de Agricultura, Industria y Comercio fue un periódico de la etapa virreinal publicado entre 1802 y 1807.

Todo Argentina. *Biografía de Celestino Vidal*. Recuperado de: https://www.todo-argentina.net/biografias-argentinas/celestino_vidal.php?id=933

Todo Argentina. *Biografía de Gregorio Ignacio Perdriel*. Recuperado de: https://www.todo-argentina.net/biografias-argentinas/gregorio_ignacio_perdriel.php?id=726